Valeriana,

7



Valeriana

VALERIANA.

DRAMA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. JOAQUIN GUILLERMO DE LIMA Y MERINO.

Escrito expresamente para la eminente actriz doña Matilde Diez, y dedicado á su antigua é ilustre amiga la Excma. Señora Doña Antonia Dominguez, Duquesa de la Torre, Condesa de San Antonio, como una débil prueba de sincera gratitud y leal afecto de

EL AUTOR.

Extrenado en Madrid con extraordinario éxito en El Liceo Español *la noche del domingo* 31 *de Mayo de* 1874.

MADRID:
Imprenta á cargo de J. J. de las Heras,
calle de San Gregorio, núm. 5.
1874.

PERSONAJES.	ACTORES.
VALERIANA.	Srta. Belluga.
JACOBA.	Hernandez.
RITA.	Aguirre.
CAMILO.	Sr. Gimenez.
CURRO..	Hernandez.
ANSELMO.	Rodriguez.
FRASQUITO.	Carvia.
HERMENEGILDO.	Cobelo.
UN PESCADOR..	N. N.

Derecha é izquierda la del actor.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa una especie de terrado cubierto, cuyo techo está sostenido por pilares de madera, por los que trepan enredaderas. Algunos escalones en el fondo para bajar á la playa.—A lo lejos el mar.—A la derecha y en primer término, una escalera que conduce al cuarto de Camilo.—A la izquierda la habitacion de Valeriana.—Al mismo lado y en primer término, un cuadro con la imágen de la Vírgen: debajo una lámpara encendida.

ESCENA PRIMERA.

RITA.—VALERIANA.—CURRO.—JACOBA.

(*Esta última se ha dormido componiendo una red vieja que está tendida á sus piés. Valeriana está sentada en el suelo, á su izquierda, apoyándose en las rodillas de su abuela. Rita, sentada en un escabel á la derecha, y cerca de Jacoba, escucha á Valeriana. Curro en pié, apoyado en el espaldar del sillon de Jacoba, tiene fija la vista en Valeriana*).

RITA. ¿Y tuvo valor Virginia
para abandonar á Pablo?

VALERIANA. Lo tuvo.—¡Partes! ¡Me dejas!—
decía el desventurado,
con la voz entrecortada
por los suspiros y el llanto;
¿por qué te vas, si en la ausencia
será triste y solitario
este lugar, tan alegre
si le prestas tus encantos?
Deja al ménos que te siga,
que cruce el mar, que á tu lado
desafíe á la tormenta,
y que si ocurre un naufragio
nos den las soberbias olas

una sola tumba á entrambos;
porque debe confundirnos
en uno, el último abrazo!
Y si anhelas ver la córte,
y rodearte de fausto,
te serviré de rodillas,
si quieres, como un esclavo!—

CURRO. ¡Pobre amante sin ventura!

RITA. ¿Y ella partió sin embargo?

VALERIANA. Sí, partió.

CURRO. Y él? qué fin tuvo?

VALERIANA. No lo sé; en eso quedamos.

RITA. Esa tierna despedida,
la verdad, me ha interesado.
Sí; me has hecho llorar... ¡Y eso
que dicen que soy de mármol!
Y á Curro tambien; ¿no es cierto?

CURRO. Sí; yo tambien he llorado.

RITA. Y tú! (*A Valeriana.*)

VALERIANA. ¡Cómo no! Esa historia,
llena de tristeza mi ánimo.
La oí leer... ¡Bien me acuerdo!
El... él leia... mis brazos
se apoyaban temblorosos
de su silla en el respaldo...
no perdía ni una sílaba
de aquel doliente relato...
De pronto cayó en el libro
una lágrima rodando...
y él, volviendo la cabeza...

RITA. Comprendo; te dió un abrazo.

VALERIANA. No; cerró el libro.

RITA. ¿Y quedaste
sin saber qué fué de Pablo?

VALERIANA. Debió morir.

RITA. No lo creas.

CURRO. ¿Y por qué no? El que ama tanto,
muere cuando vé que muere
la fe del objeto amado.

RITA. Yo me fundo en la esperiencia.
El tiempo, que es doctor sábio,
cura la herida...

VALERIANA. Te engañas;
te engañas, Rita! Sí; cuando
el amor echa raíces
en el alma, ¿puede acaso

arrancarse sin que en pos
vaya el alma hecha pedazos?

CURRO. Tiene razon Valeriana;
el que ame así será en vano
que á las puertas del olvido
llame, consuelo implorando.

RITA. (¡Y es él... él quien me lo dice!
¡Gran Dios! ¿por qué le amo tanto?)

CURRO. Pero, di: ¿y el libro?

VALERIANA. El libro,
le conservo yo, le guardo
con el afan, la codicia
que su tesoro un avaro!
¡Pícaro libro! Sabiendo...
que te quiero tanto! tanto!... (*Sacando de su bolsillo un pequeño libro.*)
¿por qué á mis ojos no dejas
ver en tus páginas claro?
¡Maldito seas! ¡maldito,
pues me das tan malos ratos!
Pero ¿qué digo? ¿estoy loca?
¡Yo maldecirte!... al contrario,
tú mi eterno compañero
serás mientras viva. (*Cubriéndolo de besos.*)

RITA. Tráelo;
que aunque tambien soy muy torpe,
y esas letras, garrapatos
son nada más para mí...

VALERIANA. Cuando sepas amar. (*Retirando el libro y guardándoselo.*)

RITA. (¡Ay!
¡Que no sé amar! ¡que no amo!... (*Mirando á Curro.*)

CURRO. ¿Y el dueño del libro? Dime,
va á volver?

VALERIANA. Lo sé yo acaso?

RITA. Pero sabrás dónde ha ido.

VALERIANA. No lo sé tampoco.

RITA. ¡Es raro!
¿Y á qué vino aquí?

VALERIANA. Lo ignoro.
Su existencia es un arcano,
un misterio incomprensible!
Solo sé que se encontraron
en Cádiz mi padre y él;
que de allí resultó un pacto,

cambiar el jóven el traje
que llevaba, por los hábitos
de pescador sin que pueda
darme razon de ese cambio,
despues vino con mi padre
á esta isla, y lo más raro,
lo que me parece casi
un fenómeno, un milagro,
es que á los muy pocos dias,
estaba tan enterado
de cuanto se necesita
para manejar un barco,
que los dejó atrás á todos.
Mi padre estaba admirado
de ver en tan poco tiempo
tan rápidos adelantos. (*Jacoba se levanta y escucha.*)
Una de sus escursiones...
Curro debe recordarlo,
pudo costarles bien cara!
Combatido el mar airado
por una horrible tormenta,
zozobraba el frágil barco;
pero la Vírgen velaba
por ellos, les dió su amparo,
y los condujo á esta playa
con vida. Entónces fué cuando
vi por la primera vez
á ese jóven...

JACOBA. (*Interrumpiéndola gravemente.*) Y encontramos
al otro dia, entre rocas,
nuestra barca hecha pedazos!
¡Ay! Era nuestra fortuna,
y quedamos arruinados!
Mi pobre Anselmo pasea
por la playa contemplando
con honda tristeza el mar,
el mar que le ha arrebatado
lo único que poseia...
Mar impío! mar avaro!

RITA. Pero di: ¿y el forastero?

VALERIANA. Permaneció á nuestro lado
algunos dias, y luego
partió!

RITA. Y entónces fué cuando
caiste enferma, y aún

estás débil...

VALERIANA. Sin embargo,
abrigo la confianza...
hoy me encuentro con más ánimo.

RITA. (*Bajo á Valeriana, que se levanta.*)
(Volverá; estoy bien segura
de que volverá).

VALERIANA. ¡Dios santo!
¿Has dicho que volverá?

JACOBA. ¿Quién? ¿quién?... Ese desalmado,
ese hereje, que es la causa
de que estemos arruinados?

VALERIANA. ¡Calle usted por Dios, abuela!
¡Llamar hereje á un cristiano!
¿Es hereje el que piadoso
compadece al desgraciado?
¿el que se humilla y descubre
ante la imágen de un santo?
Pues bien: yo ví el otro dia,
cuando nos arrodillamos
ante esa Vírgen bendita
y puse á sus piés un ramo,
que él doblaba la cabeza,
que se movían sus lábios,
que oraba como nosotros!
Y ví más; ví que brotando
de sus ojos una lágrima,
fué á caer sobre su mano.

JACOBA. ¡Pobre barca, que mi Anselmo
construyó con el cuidado,
con el esmero, el cariño
de un padre que está labrando
la fortuna de sus hijos!
¡Ah! ¡somos muy desgraciados!

VALERIANA. Confianza en Dios, abuela,
que Él nos prestará su amparo!

CURRO. Dios y yo, si á Valeriana
le son mis servicios gratos.
(¡No responde! Para mí,
su corazon es de mármol!)

JACOBA. (¿Nada le dices? ¿No ves (*Bajo á Valeriana.*)
que le estás desesperando?)

VALERIANA. (Abuela...)

JACOBA. (Curro te ama!)

VALERIANA. (Pero yo... no le amo!)

JACOBA. (Considera que su padre

es rico y puede salvarnos
de la miseria. ¡Qué horrible
es la miseria! ¿Qué daño
te ha hecho el pobre Curro? dime.
¿Por qué le odias?)

VALERIANA. (¿Acaso
le odio yo? ¿Le puedo odiar?...
¡á él, que nos ama tanto!...
¡á él, que es tan bueno!)

JACOBA. (Entónces
¿por qué le niegas tu mano?)

VALERIANA. (Porque... ya lo he dicho, abuela;
porque... porque no le amo!) (*Llorando.*)

JACOBA. (Eres una mala hija!)

VALERIANA. (Yo!)

JACOBA. (¿Quieres que nos muramos
de miseria?)

VALERIANA. (¡De miseria!...
¡Eso nunca!)

JACOBA. (Está en tu mano
nuestra salvacion!)

VALERIANA. (¡Dios mio!)

JACOBA. (Cumple con tu deber; ¡sálvanos!)

ESCENA II.

DICHOS *y* ANSELMO, *que se dirije lentamente á un banco, se sienta y queda en actitud pensativa.*

JACOBA. (Ve á tu padre, Valeriana.)

VALERIANA. (¡Pobre! pobre padre mio!)

JACOBA. (La pena lo está matando!
¡Por piedad! salva á mi hijo!)

VALERIANA. (Abuela!...)

JACOBA. (¡Salva á tu padre!)

VALERIANA. (Estoy pronta al sacrificio!)

ANSELMO. ¡Todos tienen barcas! ¡todos...
ménos yo, que la he perdido!...
¡Pobre barca mia! Dime,
¿dónde estás? dónde? Contigo
naufragaron mi esperanza
y el porvenir de mis hijos!

VALERIANA. Curro...

CURRO. Prima mia!

VALERIANA. Escucha.

CURRO. ¡Oh! Con el alma!

VALERIANA. Tú has dicho
muchas veces á mis padres
que quieres ser mi marido.
Pues bien: oye, oidme todos;
todos vais á ser testigos
de una solemne palabra
que voy á dar á mi primo.
CURRO. (¿Qué irá á decir?)
VALERIANA. Por mi padre,
por ese anciano tan digno
del amor, de la ternura,
del respeto de sus hijos;
por la imágen de esa Vírgen,
guia, amparo del marino,
juro ser tu espos !
CURRO. ¡Qué oigo!
RITA. ¡Ah!
ANSELMO. (*Abrazándola.*) ¡V leriana!
VALERIANA. (¡Es preciso!)
CURRO. ¡Me has hecho feliz! Si vieras
cuánto, cuánto es mi cariño!
RITA. (¡Todos son felices, todos...
ménos yo!)
ANSELMO. Corre á decírselo
á tu padre, y al momento
la boda! (*A Curro, que se va corriendo.*)
CURRO. Sí!
VALERIANA. (¡Qué martirio!)

ESCENA III.

DICHOS *y* FRASQUITO, *que llega corriendo.*

FRASQUITO. Padre! padre! Ha vuelto!
ANSELMO. ¿Quién?
FRASQUITO. ¡Y con un barco magnífico!
VALERIANA. ¿Pero quién?...
FRASQUITO. El forastero!
VALERIANA. ¿El señor Camilo?
FRASQUITO. El mismo!
VALERIANA. ¡Ha vuelto por fin! (*Corriendo hácia el foro: allí se detiene y mira á lo lejos.*)
FRASQUITO. Sí, ha vuelto,
y rico! Vaya, ¡muy rico!...
Como que tiene una barca
que vale más que un navio!

ANSELMO. ¡Dios sea loado! Haciendo
mayor nuestro regocijo
nos manda á un amigo... Vamos
á recibir á un amigo! (*Dirigiéndose al foro con Frasquito.*)

VALERIANA. (¡Ya se acerca!... Es él, no hay duda!
¡Oh, Vírgen! tú lo has traido!

ESCENA IV.

DICHOS. — CAMILO.

CAMILO. ¡Valeriana!... ¡Buen Anselmo! (*Estrechando su mano con efusion.*)
Curro!

FRASQUITO. ¿Y á mí, qué?

CAMILO. (*Abrazándole.*) Frasquito!

RITA. ¿Y yo no soy nadie?

CAMILO. (*Dándole la mano.*) Rita!

RITA. Sea usted muy bien venido.

CAMILO. ¿Y usted qué me dice, abuela?

JACOBA. (*Que se habrá retirado á componer la red.*)
Yo... nada. (*Secamente.*)

CAMILO. (*Sonriéndose.*) Por lo visto,
desde que la tempestad
me trajo, no sin peligro,
á esta playa, donde ustedes
dieron al náufrago asilo,
parece que la abuelita
no me tiene gran cariño.

ANSELMO. Puede usted imaginar...

CAMILO. Si todo está destruido
con una palabra!—Anselmo:
creo que usted habrá visto
la barca nueva?

ANSELMO. Sí tal.

CAMILO. Es la barca en que he venido.
¿Le gusta á usted?

ANSELMO. ¡Ya lo creo!
No ha de gustarme... ¡Pues digo!
¡Si es una barca magnífica!

FRASQUITO. ¡Vaya!

CAMILO. Pues bien: la he traido...
para usted... Se la regalo.

ANSELMO. ¿A mí?...

CAMILO. Sí, hombre; está dicho.

ANSELMO. ¡Es posible!
FRASQUITO. ¡Qué alegría!
CURRO. Bien! Muy bien, señor Camilo!
Es una buena accion.
CAMILO. Curro...
CURRO. ¡Vengan esos cinco!
(*Todos rodean á Camilo, estrechan su mano, etc.*)
VALERIANA. (Ya lo está usted viendo, abuela!)
JACOBA. (¡Quién habia de decirlo!)
VALERIANA. (Este es el modo que tienen
de portarse los judíos!)
JACOBA. (*Arrojándose á los piés de Camilo.*)
Ah! señor!... perdon!
CAMILO. ¿Qué es esto?
JACOBA. ¡Que no sé lo que me he dicho!
¡que soy una mala lengua!...
Perdon!... yo se lo suplico!
CAMILO. (*Levantándola y abrazándola.*)
Pero ¿qué hace usted, señora?
¿no somos todos amigos?
JACOBA. Es usted un ángel!
ANSELMO. Sí!
CAMILO. No tal; soy agradecido.
Debo á ustedes...
ANSELMO. ¿Quién se acuerda...
JACOBA. ¡Y yo le llamé judío!...
Desde hoy le querré á usted
como le quiero á mi hijo!
á mis nietos!
CAMILO. (¡Pobres gentes!)
Nada; un favor tan sencillo
no merece... La alegría
que rebosa en torno mio,
recompensa con usura
tan pequeño beneficio.
FRASQUITO. ¿Pero de veras es nuestra
la barca?
CAMILO. ¿No lo has oido?
FRASQUITO. ¿Y puedo embarcarme en ella...?
CAMILO. Es natural.
FRASQUITO. ¿Ahora mismo?
CAMILO. Cuando á tí te dé la gana;
sois los dueños exclusivos...
FRASQUITO. ¡Pues á pescar!
TODOS. ¡A pescar!
ANSELMO. Iremos todos reunidos!

Pensé quedarme...

UN PESCADOR. No; y todos
nos alegramos muchísimo
del bien que usted de este jóven
forastero ha recibido.

TODOS. ¡Viva el forastero!

CAMILO. Gracias!
Mil gracias, amigos mios! (*Dándoles la mano.— En este momento, Valeriana, que habrá manifestado durante esta escena sostener una lucha consigo misma, se lleva la mano al corazon, apoyándose en uno de los pilares como para no caerse.*)

ANSELMO. (*Corriendo hácia ella.*)
¿Qué es eso? ¿qué tienes? dime.

VALERIANA. Nada... no es nada; un vahido!

ANSELMO. ¡Hija mia!

CUR. *y* CAM. (*Id.*) ¡Valeriana!

VALERIANA. Ya ha pasado!

RITA. El regocijo...
la misma alegría...

VALERIANA. Eso!
la alegría... (¡Oh, qué martirio!)

ANSELMO. Se comprende. ¡Pobrecilla!

VALERIANA. Sí; no me faltan motivos.
La propiedad de una barca,
y la vuelta de un amigo...

RITA. Pues! y su boda...

CAMILO. Su boda?

VALERIANA. (¡Cielos!)

CURRO. Se casa conmigo.

CAMILO. ¡Ah!

ANSELMO. ¿Qué le parece á usted?

CAMILO. Muy bien.

JACOBA. (*A Curro.*) Vámonos, hijo mio;
anunciemos á tu padre
tan fausta nueva. (Es preciso (*Bajo á Curro.*)
no perder tiempo; conviene
que sea la boda hoy mismo.)
Vaya, vámonos!

CURRO. Si, vámonos!

TODOS. A pescar!

FRASQUITO. ¡Ya somos ricos!
¡Ya tenemos una barca!
¡Que viva el señor Camilo!
Vámos ha dejar sin peces

todos los mares... marítimos.
(*Vánse todos, ménos Camilo, Valeriana y Rita, haciendo grandes demostraciones de alegria.—Mucha animacion.*)

ESCENA V.

CAMILO.—VALERIANA.—RITA.

CAMILO. (Se casa con Curro!... Y bien!
no sé por qué he de sentirlo...
Que se case... ¿Por ventura,
Curro no es un buen partido?
Sin embargo...)
RITA. ¿Con que vas
á casarte con tu primo?
VALERIANA. Quizás...
RITA. (Está arrepentida...
alienta, corazon mio!)
CAMILO. ¡Qué dichoso va á ser Curro!...
¡Buena eleccion ha tenido!
VALERIANA. Al contrario; si hay favor (*Con amarga ironía.*)
soy yo la que le recibo.
Sí; yo soy pobre... muy pobre!
y él... él es rico... muy rico!
RITA. (*Con despecho reconcentrado.*
¡Van á tenerte una envidia!
y una... como te lo digo!
El padre de Curro tiene...
¡por eso hace tanto viso!
una fábrica de jarcias
que pasará á ser del hijo;
y es buen mozo, y... (El despecho
y el dolor me ahogan. ¡Dios mio!)
VALERIANA. Pero estamos aquí hablando,
y no le hemos ofrecido...
Estará usted muy cansado,
¿no es verdad? ¿Tendrá apetito...
sed?... Hable usted! ¿Por ventura
no estamos á su servicio?
¿no está usted aquí en su casa?
CAMILO. La veo á usted y la admiro.
VALERIANA. ¿Por qué?
CAMILO. La encuentro más bella
que nunca.
VALERIANA. Siempre tan fino!

RITA. No se trata de floreos,
sino de almorzar. (*Queriendo afectar buen humor*)
VALERIANA. Bien dicho!
Vamos allá, y no le haremos
esperar; yo se lo fio. (*Las dos preparan la mesa*)
CAMILO. (¡Pobre niña! Su recuerdo,
su imágen irá conmigo
donde quiera que yo vaya!
Un corazon tan sencillo
en medio de la impureza
y corrupcion de este siglo,
es una perla en su concha,
es un tesoro escondido.
¡Y tener que abandonar
esta isla!... Sí, es preciso
que vuelva á Francia al momento:
¡mi pobre madre me ha escrito
reconviniéndome tanto!
¡pero con tanto cariño!... (*Sacando una carta.*)
Me exije el regreso; dice
que desde que no me ha visto,
cada minuto es un año
y cada hora es un siglo.
¡Qué ha de querer una madre
más que la vuelta del hijo!)
VALERIANA. Eh! señor Camilo!... Nada:
no oye!... Señor Camilo! (*Quitándole la carta.*)
¡Hum! ¡Siempre letras!... ¡Qué diantre!
¿no es más dulce hablar conmigo,
que le escucho atentamente
cuando me habla, y le miro,
que no hablar con garabatos
sin ojos y sin oidos?
CAMILO. Devuélvame usted la carta!
Es de mi madre.
VALERIANA. (¡Dios mio!
¡Su madre! ¿Qué le dirá?
RITA.. A la mesa! ¿Hay apetito?
CAMILO. Regular.
RITA. Aquí hay pescado,
hay huevos, moscatel, higos...
CAMILO. ¡Ni el rey Baltasar!... ¡Caramba!
¡Si es un banquete magnífico!
RITA. Voy á pedirle un favor.
CAMILO. Usted dirá.
RITA. Muy sencillo.

Usted, ántes de partir,
leyó un libro muy bonito...

CAMILO. ¿El que contiene la historia
de Pablo y Virginia?

RITA. El mismo.

CAMILO. ¿Con que se acuerdan ustedes
de ese poema...?

RITA. Muchísimo!
A todas horas.

VALERIANA. Y nunca
de mí se separa el libro!
Pero no se concluyó
de leer, y es un fastidio
el no saber en qué paran
las cosas.

RITA. Lo mismo digo.
¿Qué fué de Pablo?

VALERIANA. ¿Qué fué
de Virginia?

RITA. ¿A que adivinó?
¿No acabaron por vivir
venturosos y tranquilos?

CAMILO. No. Virginia murió.

VALERIANA. ¡Ah! (*Cae en una silla sollozando.*)

CAMILO. ¿Pero qué es eso? (*Levantándose.*)

VALERIANA. ¡Dios mio!

CAMILO. Si eso es un cuento! Ni Pablo
ni Virginia han existido!

VALERIANA. No es un cuento; es una historia!
Es verdad! ha sucedido!
Estoy bien segura de ello!

CAMILO. (¡Extraño poder de un libro!
Conmover de esa manera,
llegar hasta lo más íntimo!...)
Vamos, que ese desconsuelo
encuentre á mi vuelta alivio.

VALERIANA. ¿Se va usted?

CAMILO. Voy á escribir
á mi madre.

VALERIANA. (¡Ah!)

CAMILO. Es preciso
anunciarle mi regreso.

RITA. ¿Parte usted?

VALERIANA. ¿Quizás hoy mismo?

CAMILO. No; tardaré algunos dias.

RITA. Se va!... Lo siento infinito.

CAMILO. Y yo; pero es necesario
que cumpla como buen hijo...
Hasta luego, amables niñas.

VALERIANA. (¡Ay!)

RITA. Adios, señor Camilo.

ESCENA VI.

RITA.—VALERIANA.

RITA. ¡Nos va á dejar!... Pero qué tienes?

VALERIANA. Nada.

RITA. ¿Le amas? di.

VALERIANA. ¡Me pregunta si le amo!
¿No te lo ha dicho sin cesar mi pena?
¿no te lo ha dicho sin cesar mi llanto?
Pero este amor que me devora el alma
es un secreto que en mi pecho guardo!
No quiero que él lo sepa; ¿tú lo entiendes?
¡que ni siquiera llegue á sospecharlo!

RITA. Pues entónces serénate y no llores;
¿te consuelan las lágrimas acaso?

VALERIANA. Rita, es inútil. Dile que no llore
á la que tiene el corazon de mármol;
pero no á la que siente arder el pecho
de inextinguible amor, en fuego santo!

RITA. ¿Y Curro? ¿No te acuerdas ya de Curro?
¿ya no piensas en él?... ¡Pobre muchacho!

VALERIANA. Calla!... Mira hácia allá! (*Levantándose.*)

RITA. No veo nada.

VALERIANA. ¿Que nada ves?... Pues yo veo bien claro.
Ese fatal camino que se estiende
hasta perderse en el confin lejano,
es el camino que conduce á Francia!
En él mis ojos, sin cesar clavados,
vèn una sombra que se aleja y huye!...
yo quiero detener su fugaz paso,
y la llamo, y la sombra no responde!
y más se aleja cuanto más la llamo!
Le espero horas enteras, llena el alma
de mortal ansiedad; pero es en vano!
no vuelve, no; y entónces de mi pecho
lanzo en un ¡ay! el alma hecha pedazos!
(*Cae otra vez en la silla.*)

RITA. No llores, Valeriana! ¿Me prometes
no llorar más? Ahora me separo

un momento de tí; pero bien pronto
pienso volver; me dieron cierto encargo
para una alumna del convento próximo.

VALERIANA. El convento!... (*Levantándose.*)

RITA. Hasta luego.

VALERIANA. (¡Ah! ¡qué rayo
de luz!)

RITA. Nada de lágrimas! Lo dicho!
Pronto, muy pronto volveré á tu lado.

ESCENA VII.

VALERIANA.

¡Unirme á Curro! ¿Le amo por ventura!
¡Mentir amor!... ¡jamás! yo nunca miento!
¿Qué hacer?... huir! ¿á dónde? La clausura
paz brindará á mi alma en un convento!
Nadie sabrá de mí... Claustro olvidado
eco dará tan sólo á mi querella.
La Vírgen, sí, la Vírgen me ha inspirado...
pues no puedo ser de él, quiero ser de ella!
(*Entra en su habitacion.*)

ESCENA VIII.

CAMILO.—VALERIANA.

CAMILO. (*Saliendo de su cuarto.*)
(No ama á Curro; sus palabras
me han conmovido... sí, quiero
volverla á ver. Es preciso...)

VALERIANA. (*Saliendo del suyo con un pequeño lio de ropa.*)
(Siento oprimido mi pecho...
¡Y qué mucho! ¡cuesta tanto
huir del hogar paterno!)

CAMILO. (¿Qué significa ese llanto?
¿Qué me dan á entender esos
preparativos de marcha?
No sé qué presentimiento...)

VALERIANA. (*Arrodillándose á los piés de la imágen de la Vírgen.*)
¡Oh, Vírgen Santa! perdóname.
Si el amor que yo aquí siento
es un crímen, si me obliga
á partir por siempre, lejos

de mi familia, es porque amo
á Camilo y comprendo
que no podría ser de otro
jamás! Ser tuya prefiero!
¡Que la soledad de un claustro
paz dé á mi agitado pecho!
(Se levanta, se quita una flor de sus cabellos y la deposita á los piés de la Vírgen. Despues dice volviéndose hácia el cuarto de Camilo.)

CAMILO. Valeriana! Valeriana!

VALERIANA. (Me ha oido. ¡Gran Dios!)

CAMILO. ¿Qué es esto?
Tú me amas! sí, me amas
y quieres ir á un convento,
á enterrarte en vida!

VALERIANA. ¡Oh, Vírgen!
Tú eres, tú eres quien lo ha puesto
en mi camino! Te opones
á que parta!... Ya que el cielo
lo ha querido así, Camilo,
óyeme! yo te lo ruego!
Mi corazon es tuyo! En vano, en vano
he querido ocultarte mi secreto,
cuando el confesármelo á mí misma,
puedes creerme... me causaba miedo!
Podré morir, pero querer á otro...
jamás! jamás! jamás! Para mi pecho
sólo un amor existe aquí en la tierra,
como sólo hay un Dios allá en el cielo!
Este es el voto que hice el primer dia
que comprendí que el corazon enfermo,
se sentía morir por tí. Soy hija
de un pobre pescador; tú, un caballero
jóven, hermoso, rico, feliz, noble!
y á mi pesar y con dolor comprendo,
que el loco amor que me destroza el alma
no es más que una ilusion, no es más que un sueño!
No quiero preguntarte si me amas,
que fuera necedad mi atrevimiento!
Jamás te exigiré que me lo digas;
mas tú no puedes impedir que inmenso
amor me abrase, y que te grite: ¡Te amo!
y que do quier que vayas, vaya el eco
de mi voz repitiéndote: ¡Te amo!

CAMILO. ¡Valeriana!

VALERIANA. Sí; ¡te amo! Loco afecto,

que en vano quiero rechazar del alma;
que no merece más que tu desprecio!
Búrlate, sí; desprecia tú, Camilo,
á esta infeliz que eleva el pensamiento
hasta tí y asemeja á una andrajosa
que soñára en su afan regir imperios.

CAMILO. Escucha, Valeriana: tú no sabes...
VALERIANA. Sólo sé que mi amor es grande, inmenso!
CAMILO. Tú no sabes que yo... tambien te amo?
VALERIANA. Que tú me amas tambien?... qué ¿estoy oyendo?
Repítelo!
CAMILO. ¡Querida Valeriana!
VALERIANA. Repítelo! ¿Me amas? ¡Dios Eterno!
Si esto es un sueño de mi mente loca,
que no despierte nunca de este sueño!
CAMILO. Es la verdad.
VALERIANA. ¿No partes ya?
CAMILO. Sí, parto;
mas tú vendrás conmigo, lo prometo,
y mi esposa serás.
VALERIANA. ¡Su esposa! ¡Oh, dicha!
CAMILO. Yo te lo juro, sí! Voy al momento
á avisar á tus padres; es preciso
que nos una al instante un lazo eterno.
VALERIANA. Sí! corre, corre! Tuya al punto sea,
ántes de que sucumba bajo el peso
del júbilo que inunda el alma mia!
CAMILO. Adios!
VALERIANA. No tardes! Mira... que te espero!

ESCENA IX.

VALERIANA.—*Luego* RITA.

VALERIANA. ¡Dios mio! Esto es demasiado!
¿merezco yo tanta dicha?
Resistí la pena... temo
sucumbir á la alegría.
RITA. Héme ya de vuelta. ¿Estás ya
más consolada?
VALERIANA. ¡Ay, amiga!
¿no estás leyendo en mi rostro
que soy feliz? Dios realiza
mi más ardiente esperanza!
amo, y soy correspondida!
RITA. ¡Cómo! Camilo...

VALERIANA. Me ama!
RITA. ¿Será posible?
VALERIANA. ¿Lo dudas?
¡Y qué mucho, amiga mia!
Yo lo he oido de sus lábios
y me parece mentira!
RITA. ¿No serás de Curro?
VALERIANA. Nunca!
RITA. ¿Sabes que has jurado...
VALERIANA. Rita...
sólo sé que amo á Camilo.
RITA. (Muy bien; está decidida.)
VALERIANA. Oye!... ¿No has oido? (*Se oye un trueno á lo lejos; los truenos y los relámpagos se suceden con frecuencia en esta escena.*)
RITA. Un trueuo.
VALERIANA. ¡Dios mio!
RITA. ¡Qué asustadiza
te has vuelto!
VALERIANA. No sé por qué,
pero tiemblo.
RITA. ¡Niñerías!
Es música que has oido
más de una vez muy tranquila;
¿por qué has de asustarte ahora?
VALERIANA. Tienes razon; pero... mira! (*Enseñándole la imágen de la Virgen, que una ráfaga de aire ha derribado al suelo.*)
RITA. El viento...
VALERIANA. (*Levantando el cuadro y colgándolo.*)
Alguna desgracia
que nos va á ocurrir. ¡Ay, Rita!
yo tengo miedo.
RITA. ¿Por qué?
VALERIANA. En medio de tanta dicha,
no sé que presentimiento
viene á turbar mi alegría.

ESCENA X.

DICHAS.—HERMENEGILDO.

HERMENEG. Ah de casa!
VALERIANA. ¡Ah! (*Con espanto.*)
HERMENEG. ¿Qué es eso?
Nada de asustarse, niñas.

¿Vive aquí el anciano Anselmo?

RITA. Sí vive.

HERMENEG. ¿En su compañía,
no hay un jóven que se llama
Camilo?

VALERIANA. (*Bajo á Rita.*) (¡Por Dios, Rita,
dile que no.)

RITA. (¿Y por qué no?)

VALERIANA. (¡Oh! El presagio...)

HERMENEG. Y bien, querida,
ese jóven...

RITA. Está aquí.

HERMENEG. ¡Por fin ha llegado el dia!
He corrido media España
hasta que adquirí noticias
de su paradero. Supe
que estaba aquí, en compañía
de unos pobres pescadores...
por más señas, que le habían
pescado los ojos negros (*Mirando fijamente á Valeriana, que baja los ojos.*)
de una bella pescadora,
que pesca en seco.—Mentira
creí al principio que hubiera
en ella tanta osadía,
y en él tanta candidez...
pero yo esa odiosa intriga
destruiré con mi presencia.

VALERIANA. (¡Vírgen Pura! ¿No oyes, Rita?)

HERMENEG. ¿Conque dónde está Camilo?
Quiero verle; su familia
le espera, y es necesario
que partamos enseguida.

VALERIANA. (¡Oh! El presagio! sí, el presagio! (*A Rita.*)
No en vano yo te decía
que la Vírgen al caer
anunciaba mi desdicha!)

HERMENEG. ¿En dónde está?

VALERIANA. No sé... creo...
me parece...

HERMRNEG. Calma, niña,
y dí la verdad; que está
encendiendo tus megillas
el calor de la vergüenza,
el rubor de la mentira.

VALERIANA. Caballero...

HERMENEG. Pero aquí
le tenemos.

VALERIANA. (¡Vírgen mia!)

ESCENA XI.

DICHOS.—CAMILO.

CAMILO. ¡No puedo hallar á Jacoba!
¡Es Hermenegildo!... ¡Oh! ¡cuánto
me alegro de verte!

HERMENEG. Y yo!
Me has hecho correr en vano
media España; pero al fin
te puedo dar un abrazo.

CAMILO. Sí; pero dime á qué debo
placer tan inesperado?

HRRMENEG. Ya sabrás ..

VALERIANA. Vámonos, Rita.

CAMILO. ¿Por qué? Valeriana.

VALERIANA. Vámonos!
Ustedes tienen que hablar...

CAMILO. Valeriana, tú has llorado.

VALERIANA. Yo... no.

CAMILO. Tú lloras! ¿Qué tienes?

VALERIANA. Nada... el natural espanto..
Esa tempestad horrible
que hace un momento ha estallado...

HERMENEG. Pues! Se comprende. Esta isleña (*Con ironía.*)
no está avezada á relámpagos
ni á truenos...

CAMILO. Hermenegildo...

HERMENEG. Ya ves cómo se ha asustado.

VALERIANA. (La ironía de este hombre
me está haciendo mucho daño.)
Vámonos, Rita.

CAMILO. Valeriana...

VALERIANA. Adios!—Vamos, Rita, vamos.

ESCENA XII.

CAMILO.—HERMENEGILDO.

HERMENEG. (*Despues de una pausa.*)
Camilo, no me lo niegues;
tú amas á esa jóven,

CAMILO. La amo!
HERMENEG. Pero he venido á buscarte,
y es preciso que partamos.
Te espera tu madre. Dime:
¿será que te has olvidado?...
¡Si vieras cuánto padece!
CAMILO. ¡Pobre madre mia!
HERMENEG. Cuánto!
—¡Ya no se acuerda de mí!
¡ya no se acuerda el ingrato!—
exclama con honda pena.—
¡Yo, yo que había soñado
para él un porvenir
tan brillante!—
CAMILO. Me hace daño
que me digas...
HERMENEG. Pues no importa;
me has de oir: es necesario
que me oigas.—¿Y tu enlace
que era... era el sueño dorado
de tu madre?
CAMILO. Es ya imposible.
HERMENEG. ¡Imposible! Mucho extraño
ese lenguaje... Mi prima
te ama...
CAMILO. Yo nunca la he amado.
HERMENEG. Es rica... es bella...
CAMILO. No importa.
HERMENEG. ¡Pero que seas tan cándido!
¡Que una pobre, que una humilde
pescadora haya logrado...
CAMILO. Esa pescadora, me ama!
HERMENEG. ¡Oh! no! Si te amara...
VALERIANA. (*Entreabriendo la puerta de su habitacion.*)
(Oigamos.)
HERMENEG. Si te amara, no te haría
como te hace desgraciado!
VALERIANA. (¡Dios mio!)
HERMENEG. Tu madre, el mundo
á que te llama tu rango,
rechazarán á esa intrusa...
CAMILO. Hermenegildo...
HERMENEG. Sí; bajo
las galas de que la adornes,
todos verán con escarnio
de tu buen nombre, el recuerdo

de sus antiguos harapos!
Es preciso que la olvides.

CAMILO. ¡Nunca!

HERMENEG. Pero desdichado!
¿no ves, no ves que tu madre,
altanera en sumo grado,
cifra en tí todo el orgullo
de su raza? Es necesario,
si no quieres que se muera
de vergüenza, y con escándalo
diga todo el mundo: «¡Su hijo,
su hijo es el que la ha matado!»
que renuncies á ese enlace.

CAMILO. Hermenegildo...

HERMRNEG. Partámos!

VALERIANA. (*Cerrando la puerta entreabierta y dando un grito*)
¡Ah!

CAMILO. ¿Qué es eso?

HERMENEG. Nada... el viento.

CAMILO. Mira: entrémos en mi cuarto
y allí hablaremos.

HERMENEG. Sí; pero...
habla como hombre sensato,
como hombre de juicio, ¿entiendes?
no como un enamorado.

ESCENA XIII.

VALERIANA, *que sale de su habitacion, pálida, desencajada y en el mayor desórden.*

¡Todo lo oí!... todo! todo!
¡Ah! ¡Camilo desgraciado
por mi causa!... ¡Oh! Camilo
no podrá decir «¡Yo te amo
Valeriana!» sin sentirse
confundido, avergonzado!...
¡Nunca! Renuncio á un amor
que le ha de costar tan caro!
¡Oh, Dios mio! Ese extranjero
mi paz por siempre ha turbado!
Lo presentía. Por eso
di al verle un grito de espanto...
de terror!... ¡Ah! Su presencia
era un funesto presagio!

ESCENA XIV.

VALERIANA.—HERMENEGILDO.

HERMENEG. Nada; que no quiero oirte,
y por no oirte me marcho.
Estás loco de remate,
y yo con locos no hablo.
VALERIANA! (¡Es él!)
HERMENEG. Muy bien, señorita;
ya está su objeto logrado!
Doy á usted mi enhorabuena!
yo estoy de más aquí, y parto.
VALERIANA. ¿Se va usted?
HERMENEG. ¿Qué hago yo aquí?
VALERIANA. Un sólo instante...
HERMENEG. ¿Qué hago?...
Nada! No sabía yo
que aquí se pescara tanto
y tan bien!... ¡Oh! Camilo
es un gran pez! un pez magno!
Rico, noble...
VALERIANA. Caballero...
Basta! En mi amor nunca ha entrado,
ni vanidad de mnjer,
ni el egoismo, ni el cálculo!
No; mi amor es generoso,
es puro, inmenso, abnegado!
No labraré su desgracia!
no será por mí el escarnio
del gran mundo... no! Una madre
le espera!... Sea á su lado
feliz, aunque yo me muera...
HERMENEG. (¡Todo lo ha oido!)
VALERIANA. Me caso
con un hombre á quien no quiero,
con mi primo, y sin embargo...
yo... yo amaba, sí, á Camilo,
y... todavía le amo!

ESCENA XV.

DICHOS.—CURRO.

CURRO. Vamos; todo está dispuesto.
VALERIANA. Más bajo, Curro, más bajo!

CURRO. ¿Por que?

VALERIANA. No deben oirnos!

CURRO. ¡Estás pálida... temblando!

VALERIANA. ¡No dices que ya está todo?...

CURRO. Todo.

VALERIANA. Pues dame la mano
y vámonos á la iglesia.

CURRO. Lo dices de un modo!...

VALERIANA. Vámonos!
¡Ay! (*Deteniéndose, llevándose la mano al corazon y apoyándose en una silla.*)

CURRO. ¿Qué es lo que tienes?

VALERIANA. Nada!...
nada! (Ay, Dios! ¡Me estoy ahogando!...
Camilo! Camilo!) (*Mirando al cuarto de Camilo.*)

CURRO. Ven, apóyate en mi brazo.

VALERIANA. Un momento. (*Desprendiéndose del brazo de Curro y dirigiéndose á Hermenegildo.*)
(Caballero...
perdono á usted el agravio
que me ha hecho.)

HERMENEG. (Valeriana...)

VALERIANA. (Voy á contraer un lazo
odioso... Ni una palabra
á Camilo... ¡Cuidado!
Júremelo usted.)

HERMENEG. (Lo juro!)

CURRO. Vamos, Valeriana.

VALERIANA. Vamos!
(*Los truenos y relámpagos se suceden con más rapidez. Ruido de campanas á lo lejos. Valeriana, apoyándose penosamente en el brazo de Curro, desaparecé con él por el foro, volviendo siempre los ojos hácia el cuarto de Camilo.*)

ESCENA XVI.

HERMENEGILDO.—*Despues* CAMILO.

HERMENEG. ¡Pobre niña! ¡No la había
comprendido!—Lo importante
es el salvar á Camilo,
devolvérselo á su madre...
Ella se consolará
con el tiempo.—Casi casi
tengo ya miedo de ver

á Camilo, de hablarle...
¿Qué le diré?

CAMILO. Hermenegildo...

HERMENEG. (¡El!)

CAMILO. Ya te he dicho, ya sabes
cuál es mi resolucion.

HERMENEG. Camilo...

CAMILO. No te canses;
lo he pensado bien. Mi voto
es firme, es inquebrantable.
Dime, ¿has visto á Valeriana?

HERMENEG. Yo... no... (*Despues de vacilar un momento.*)

CAMILO. Quiero que la trates,
que la conozcas á fondo...
¡Es un ángel!

HERMENEG. Oh! sí, un ángel

CAMILO. Si supieras!... Pero, dime,
¿qué es lo que tienes?

HERMENEG. Yo?... ¡Diantre!
No tengo nada.

CAMILO. Te encuentro
no sé cómo...

HERMENEG. Mi carácter...
el ruido de la tormenta...
Yo soy muy impresionable!...

CAMILO. Valeriana!... ¿Dónde está? (*Abriendo la puerta de la habitacion de Valeriana.*)
Valeriana?... ¡Aquí no hay nadie!
Valeriana!

HERMENEG. (Yo hablaría...
pero he jurado callarme!)

ESCENA XVII.

DICHOS.—RITA, *que llega muy azorada.*

RITA. ¡Ay, mi señor Camilo!

CAMILO. ¿Qué sucede?

RITA. ¡Una catástrofe!
¡Una desgracia!

CAMILO. Di!... habla!

RITA. ¿Y cómo quiere usted que hable?
¡si no puedo!... Valeriana...

CAMILO. Concluye!

RITA. Algunos instantes
despues de la ceremonia...

CAMILO. ¿Qué dices?
RITA. Usted no sabe
todavía...?
CAMILO. Yo no...
RITA. Entónces,
no sé si debo esplicarme...
CAMILO. Dí de una vez... te lo ruego
por aquello que más ames!
RITA. Diré á usted... me refería..
me refería al enlace
de Valeriana con Curro.
CAMILO. ¡Qué escucho?
RITA. Helaba la sangre
ver á la novia temblando,
pálida como un cadáver...
CAMILO. Acaba!
RITA. No bien los une
el sacerdote, ella cae
como herida por el rayo...
yo al verla en tan duro trance,
corro á decirle á usted...
CAMILO. ¡Oh!
No comprendo... ¡Ella casarse!
¡unirse á otro!... ¡Imposible!
HERMENEG. Es que... que todo lo sabe!
Por no labrar tu desgracia
consiente en sacrificarse!
CAMILO. ¡Dios mio! Corro en su busca!
RITA. Calle usted! Aquí la traen.

ESCENA XVIII.

DICHOS.—VALERIANA.—CURRO.—JACOBA.—ANSELMO.—FRASQUITO.—*Curro, que viene sosteniendo á Valeriana, la sienta en una silla.*

CAMILO. Valeriana! (*Lánzándose hácia ella.*)
ANSELMO. ¡Hija mia!
VALERIANA. (*Volviendo en sí.*) ¿Quién me llama?
Nada le aflija á usted... nada le espante! (*A Anselmo.*)
Camilo! (*Tomando la mano de Camilo y rechazando la de Curro.*)
CAMILO. Estoy aqui!
CURRO. (¡Oh! No me ama!)

VALERIANA. Quiero hablar con Camilo un sólo instante.
(*Todos, incluso Curro, se retiran: este último, sólo y á cierta distancia, contempla el grupo de Camilo y Valeriana.*)

CAMILO. Héme aquí, Valeriana! (*Arrodillándose á sus piés*)

VALERIANA. Hablarte ansío,
porque la vida me abandona! Muero!
Sé que me amas, sí, Camilo mio!
Muero amada por tí! dí, ¿qué más quiero?

CURRO. (¡Nadie tiene piedad de mi tormento!
¿Qué dicha encierra para mí ya el mundo?
El mar! el mar, que ha sido mi elemento,
dé paz eterna á mi dolor profundo! (*Sale precipitadamente por el foro en direccion al mar, sin que nadie se aperciba de su ausencia, ménos Frasquito, que sorprendido y como guiado por la curiosidad, le sigue hasta el foro y allí se detiene.*)

CAMILO. ¡Tú morir!

VALERIANA. ¡Ay! Hallarte en mi camino!
Comprender lo que vales y perderte!...
Morir!... pero no importa, es mi destino!
Cumplo lo que juré: ¡tuya ó la muerte!

FRASQUITO. (*Que ha permanecido en el foro mirando á lo lejos*)
Padre! Desde lo alto de una roca,
Curro á la mar con fuerza se ha lanzado!

A.ª J.ª *y* R.ª ¡Gran Dios!

RITA. Aún era mi desdicha poca!

TODOS. ¡Corramos á salvar al desgraciado! (*Salen para volver cuando lo indique el diálogo.*)

VALERIANA. Que tu pecho el dolor nunca táladre!
La dicha preste á tu existencia encanto!
Vé á Francia, vuela al lado de tu madre!
Te debe querer tanto! tanto! tanto!...
Allí una amante con afan te espera...
No pienses que con torpes celos lucho;
¡que cual yo te he querido, ella te quiera!
Vive en paz, sé feliz... ámala mucho!
Amala, sí, tu amor es su sosiego!...
¡que viva, pues, de tu cariño ufana!
pero no olvides, no, ¡yo te lo ruego!
no olvides á la pobre Valeriana!
(*Una pausa mayor que las que ha debido guardar anteriormente, y durante la cual manifiesta Camilo la mayor ansiedad.*)
Mi corazon apénas ya palpita!..

Si de la vida en el combate rudo,
llegase á peligrar ¡oh Cruz bendita! (*Volviendo los ojos hácia la imágen de la Virgen y estrechando la mano de Camilo.*)
al hombre á quien amé sirve de escudo!
Tú, tú á mis padres volverás la calma!
Tú los consolarás!... Muero sin pena...
Acuérdate de mí!... Tuya es mi alma!...
y se la entrego á Dios de tu amor llena!
(*Cae en los brazos de Camilo, que lleva un momento la mano á su corazon y lanza despues un grito de dolor y de espanto.*)

CAMILO. ¡Ha muerto!...
ANSELMO. (*Entra Consternado.*) ¡Pobre Curro!
RITA. (*Id.*) Nada! nada
me resta ya! No pido á Dios consuelo!
ANSELMO. ¿Y Valeriana?
CAMILO. Vedla!
ANSELMO. (*Lanzándose hácia ella seguido de Jacoba y de Frasquito.*) ¡Hija adorada!
CAMILO. Era en el mundo una alma desterrada,
y se volvió á su patria, que era el cielo!

Cuadro general.—Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.